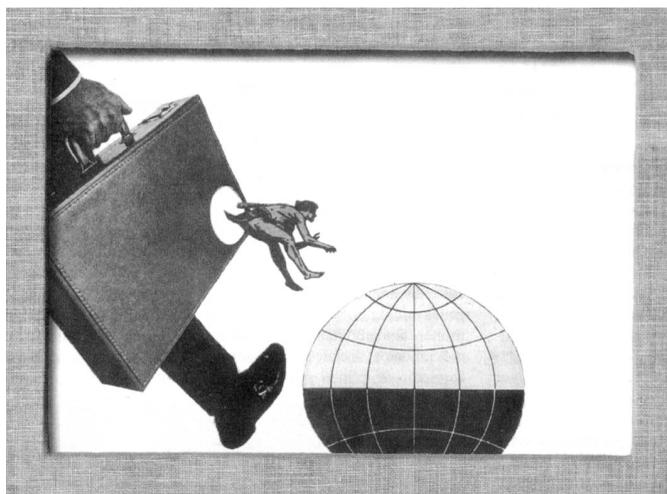


## EL EXTRAÑO CASO DEL TURISMO EN LISBOA

José Ramón González Parada



Dibujo de Jesús Romeo Galdames.

Las agencias de turismo de Lisboa comenzaron a preocuparse ante la caída del turismo, no en el sentido en el que se habla en el sector, cuando la demanda desciende, sino caída en sentido físico, como ya se verá. Seguía habiendo una gran afluencia de turistas, pero algunos, cada vez más, se caían de las listas en las visitas guiadas, o desaparecían de los hoteles sin dejar rastro. Las primeras señales de alarma vinieron de distintos hoteles al observar que algunos clientes no habían

regresado a sus habitaciones. La primera impresión fue echar la culpa a una imaginaria mafia que organizaba la salida de clientes sin pagar, pero era una impresión absurda pues en todos los casos la estancia estaba ya pagada, y además en las habitaciones se encontraban las maletas, e incluso los regalos y recuerdos de la clientela supuestamente fugada. La pertinente investigación de la policía de fronteras tampoco encontró rastros de salida en el aeropuerto. Más llamativo resultaba también la desaparición de turistas de las visitas guiadas. Salían doce y volvían siete, algo normal si pensamos en el ajetreo de la ciudad, la pesadez de los recorridos y las muchas ocasiones de despistarse comprando un helado o mirando el escaparate de una tienda de regalos; lo curioso es que el resto de turistas ni recordaban ni reconocían a ninguna o ninguna de los faltantes.

Para intentar comprender algo del fenómeno hay que retrotraerse en el tiempo (expresión curiosa, pues solo nos podemos retrotraer en el espacio, en el tiempo ni modo si no tenemos una máquina del ídem, así que de momento recordaremos lo sucedido un año atrás, *one year before*, como ponen en las películas).

### *One year before*

En la Cámara Municipal de Lisboa se está discutiendo una importante ley de urbanismo para favorecer el turismo. El recién elegido presidente de la tal Cámara, representante del partido facha que inesperadamente había ganado las elecciones locales, defendía el proyecto diciendo más o menos....

*Excelentísimos representantes de esta venerable institución, de todos es sabido las dificultades que atraviesa nuestra ciudad, cuyo futuro ahora más que nunca depende del turismo internacional y de una fluida relación con nuestros socios comerciales. Hoy Lisboa está llegando al punto de saturación, por sus calles más céntricas, comerciales y turísticas, donde rebosa de monumentos que ensalzan nuestra hazaña histórica y colonial, (echa un traguito de agua o similar) está llegando, decía, al punto de saturación hasta el punto, valga la*

*redundancia, de que el codiciado paseo turístico y comercial de nuestros visitantes se ve interrumpido, incomodado, interpelado, diría yo, por lisboetas que cargados de bultos copan los taxis, el tranvía y los buses, abusa de la mendicidad y ofrece una cara que nada tiene que ver con la gloria patria. Hoy nuestra gloriosa ciudad, metrópoli de tres mundos, está invadida de negratas, chinos y latinos (quiero decir de indios de América, no de italianos o romanos) que entorpecen el deseable desarrollo socioeconómico turístico.*

Nos ahorramos la perorata y vamos al asunto central de la ley. Urbanísticamente hablando, lo cual es mucho hablar, consistía en una innovadora propuesta de zonificación de la ciudad a dos niveles, el nivel superior o de calle reservado a la actividad turística, y el nivel inferior o de subsuelo para los sufridos vecinos de siempre. Esta idea de la zonificación caía bien, pues recuperaba ideas urbanísticas que tanto se habían utilizado en el pasado y tan rentables habían resultado. La genial y revolucionaria idea de llevar la zonificación a planos superpuestos, en cambio, planteaba problemas técnicos y sociales por no hablar de morales.

El problema técnico se resolvió bien, pues con las líneas de metro, las amplias estaciones a medio acabar y las nuevas líneas en construcción había –dijeron- espacio suficiente para los vecinos que enseguida dejarían de ser de la parte de arriba. Mucha gente nos pregunta sobre como se resolvieron los problemas sociales, pero por estar bajo secreto del sumario, no lo podemos comentar. Se debatió bastante quienes podrían quedar exentos de enterramiento, así que se decidió que podrían seguir en la zona superior, o de calle, los miembros de la Cámara Municipal –claro que en caso de muerte o defunción podrían ser enterrados por el procedimiento habitual– los directores de los hoteles y los guías turísticos, elementos clave como se ha visto para dar la alerta del extraño caso del turismo que comenzó a afectar al normal desarrollo del negocio a los pocos días de poner en marcha la zonificación. Para que se vea que este informe no oculta nada, damos cumplida cuenta de las zonas zonificadas, valga otra vez la redundancia: la Baixa, el Rossio, el Bairro Alto, Alfama y Restauradores, los de más utilización turística. El resto de los barrios seguirían con su

vida, salvo entrar en la zona perimetrada, acordonada y vigilada por procedimientos altamente sofisticados y eficaces. En la zona inferior o subsuelo se procedió de la misma manera poniendo especial atención a las bocas de metro.

A los pocos días del encierro aparece en un andén atestado de lisboetas un nórdico en bermudas, bastante enrojecido por el sol, con cara de asombro sentado en una sillita de terraza acodado en su mesita redonda y abrazado a una espumeante cerveza. Qué hace éste aquí, dice uno, cómo llegó, pregunta otra, seguramente por la boca de metro, responde un tercero, imposible dice una cuarta voz, está cerrada a cal y canto y además la mesita no entraría por el torno –buen razonamiento, piensan varios– y así hasta bastantes más. Pues como no se haya caído de la calle, opina una jovencita, primero un rumor, luego silencio, luego dispersión y abandono. Cara-de-asombro siente un sudor frío, mira la cerveza, ve la cuenta del bar sin pagar, y se la bebe, qué otra cosa podía hacer.

Más curiosa fue la llegada al subsuelo de un matrimonio español progresista con dos hijos. El padre, como era progresista y perdonen la repetición, se empeñó en que había que viajar en metro, así conocerían el verdadero, el auténtico, el popular ambiente del pueblo lisboeta, y tuvo la ocurrencia de entrar en una boca de metro casualmente abierta en ese momento porque un concejal entraba para colocar un bando o algo así, el caso es que en el descuido se deslizó hacia adentro la familia progresista española. ¡Cuanta gente!, dijeron o pensaron, o pensaron primero y dijeron después, bueno vale, dieron sus vueltas en metro y cuando decidieron salir se llevaron el chasco, imposible salir, nadie responde a su llamada. Para entonces ya había una abundante comunidad de turistas en el metro, una comunidad propiamente no, sino más bien un grupo variopinto de ingleses, franceses, nórdicos, italianos, japoneses de varios géneros (“varios géneros” se aplica desde ingleses en adelante) y al menos una familia española, como queda dicho.

Cómo se arreglaban entre sí turistas y autóctonos dio mucho que hablar, pero siempre de oídas, que es lo mismo que oír habladurías, o sea nada constatable, seguro o inapelable. Hubo ciertamente algún conflicto, qué hacen estos aquí, si son

los culpables de nuestro encierro, déjalo mujer, qué culpa tendrán, la culpa es del capitalismo que saca plusvalías de debajo de las piedras —el que hablaba era uno del Partido Comunista Portugués—, debajo de las piedras, dice, debajo de los adoquines querrá decir, aquí lo que hace falta es otro 25 de abril. Y de esta manera se iba constituyendo un internacionalismo subterráneo, pero veamos que estaba pasando en la zona superior.

La extraña desaparición de turistas tenía alarmadas a las agencias de turismo, y también a los servicios secretos, que maliciaban que en Lisboa había un centro clandestino de captación terrorista, llegaban los aspirantes como inocentes turistas, y salían secretamente para sus distintos destinos sin dejar rastro. Un agente secreto portugués propuso otra línea de investigación, infiltrarse en el metro y ver que pasaba allí abajo, pues su olfato policial le decía que ambos sucesos tenían que estar relacionados. Tú estás tonto, ni se te ocurra ir con ese cuento por ahí, bramó el jefe, ¿Y? ¿Y, y, no sabes que lo del metro es alto secreto, que si se enteran en la Organización Internacional del Turismo nos meten un puro que te cagas por lo de la competencia y eso?

Las agencias de viajes fueron más pragmáticas, había un problema y mejor que no se corriera la voz, pues pondría en riesgo al sector entero. No pasaba nada por prescindir de Lisboa, había otros muchos destinos, así que de golpe y porrazo la oferta de Lisboa desapareció de todos los mostradores. Una semana más tarde, cuando el último turista consumió el último bono, Lisboa antigua y señorial se quedó vacía en la parte de arriba, mientras seguía la bulliciosa vida en los andenes del metro, pues es sabido que la burocracia es lenta y tarda en reaccionar, a veces también olvidadiza, y eso fue lo que pasó, que a nadie se le ocurrió que había que revocar el encierro.

Pasaron algunos días más sin caer ningún turista al metro, sin el menor indicio de vida en la calle, sin el ruido tenue que podía escucharse por encima de las cabezas de los encerrados; algunos comenzaron a mosquearse, y cada día más y más. Ha pasado algo arriba, habrá estallado una guerra, será el

coronavirus otra vez, eran las preguntas que se hacía la gente, hasta que alguien tomó la iniciativa, hay que salir arriba como sea y enterarse. Aquella misma noche un comando arriesgando –suponían- la vida, se deslizó por alcantarillas y se asomó a la calle, primero con mucha cautela, luego con más confianza. Nadie, no había nadie, las terrazas vacías, los escaparates apagados, los hoteles cerrados; decidieron esperar un día más para repetir la operación antes de salir del encierro, de poco a poco por la noche, en tromba ya al amanecer. Lisboa era una fiesta ciudadana, los vecinos la habían recuperado, en armonía todos los ex enclaustrados, lisboetas de siempre y turistas que habían dejado de serlo se arremolinaban con sus claveles rojos tras pancartas vibrantes y renovadas ilusiones. Era otra vez 25 de abril.